

su primer período constitucional pretendió reelegirse, sin prestigio, siendo este hecho, y otros que no son del caso referir, los que predominando en los ánimos, desarrollaron el descontento general en toda la extensión del país. Estas causas, determinaron la revolución de Tuxtepec, que triunfante por sus patrióticos propósitos, llevó á su Caudillo, al Sr. General Porfirio Díaz, á la Primera Magistratura de la Nación, quien en las elecciones anteriores había sido el candidato más popular para aquel elevado puesto; pero ahogado por el poder el sufragio público, el pueblo tuvo que recurrir á la fuerza de las armas para hacer triunfar sus aspiraciones, vinculadas en la alta personalidad del Sr. General Díaz, cuyo preclaro nombre, rodeado del prestigio de sus innumerables hechos de armas, desde la revolución de Ayutla hasta que ocupó la Capital de la República el 21 de Junio de 1867, combatiendo al invasor extranjero y al Imperio de Maximiliano, no era posible que el país olvidara servicios de tanta magnitud, comprendiendo al mismo tiempo que tras el Caudillo de nuestra segunda independencia, se revelaba el eminente hombre de Estado que debía darnos paz, progreso y crédito nacional.

Creemos haber terminado esta brevísima reseña en la que el Sr. General Díaz ha impreso á los importantes acontecimientos que hemos relatado, una dirección que permanecerá siempre indeleble en nuestra propia historia. Dichas apreciaciones las hemos ampliado en la Introducción de la presente obra, y continuaremos en esta delicada labor en el Capítulo siguiente que titularemos:

“El Sr. General Porfirio Díaz ante la Historia.”

---

### CAPITULO III.

#### EL SEÑOR GENERAL PORFIRIO DIAZ ANTE LA HISTORIA.

La historia de lo que la humanidad ha hecho en el mundo, es la historia de los grandes hombres; ellos fueron los guías de los pueblos, sus modeladores y sus modelos, aunque en un sentido más amplio fueron también los creadores de cuanto ha llegado á hacer ó alcanzar la misma humanidad. Así se expresa Carlyle en su interesante libro, “Sobre los Héroes.”

Cierto es, que esta manera de concebir la historia, es verdaderamente original, porque hasta el momento en que apareció la obra del gran escritor inglés, se aceptaba como fundamental que una idea predominante, era el alma y la vida de la historia, en cada época, en cada etapa recorrida por el hombre en el transcurso de su vida sobre el planeta. En consecuencia, la idea se extendía al pensamiento y á la acción; pero esta manera de concebir la característica de la historia, se hallaba muy lejos de la verdad científica, porque encerrándose en la abstracción, no podía llegar á otros dominios que no fueran los de la concepción pura.

Aquel profundo pensador, no se aviene bien con estas divagaciones ideológicas; es más práctico en su manera de concebir la historia, yendo directamente hasta palpar la realidad,



haciendo encarnar la idea abstracta en el sentimiento predominante de los héroes; así en una fórmula incontrastable, porque ella es la expresión más concreta de la verdad, asienta el siguiente axioma:

“El conocimiento de un sentimiento heroico, da el conocimiento de una edad entera.”

Y puede afirmarse como un hecho incontrovertible, que un axioma no tiene demostración, porque siempre expresa una verdad reconocida y aceptada á su sola enunciación; sin embargo, siguiendo á Carlyle, debemos referirnos al gran historiador de Queronea, á Plutarco, á quien se considera como un biógrafo incomparable, por su libro inmortal, “Las vidas de los hombres ilustres.”

En esta obra del ingenio humano, que la ciencia de la historia ha rodeado de tan justa celebridad, y que ha sido tan estudiada en la sucesión de los siglos, Plutarco se ocupa en reseñar las acciones heroicas de los grandes hombres de la antigüedad, los de Grecia y Roma, es decir, los modeladores del mundo hasta entonces conocido.

Pericles, según aquel historiador, inspirado por un profundo *sentimiento* democrático, destierra á Cimón, Jefe del partido aristocrático, se hace desde luego popular y siguiéndole los atenienses, determina la grandeza de su patria, por las instituciones establecidas en su gobierno, por las obras monumentales con que embelleció á Atenas, elevándola al más alto grado de civilización y de cultura, y finalmente por su decidida protección á las letras y á las artes; y no podemos desconocer, porque han pasado á la posteridad rodeados de resplandeciente aureola como inmortales, los nombres de Sófocles, de Eurípides y de Fidias. Con razón sobrada se conoce aquella memorable época, con el nombre de “el siglo de Pericles.”

Además, podemos referirnos á Alejandro, á César y á Carlo Magno.

Alejandro pretendió difundir el alma de Grecia en el Oriente á donde le llevaron sus conquistas, y cuyos pueblos inspirados en abrumador panteísmo, yacían petrificados al pie de sus altares.

César, en todas las fases de su vida pública, es, como republicano el representante del pueblo, como Cónsul, expide la ley agraria, libra de la esclavitud á los pueblos que antes arrastraban la cadena del esclavo, extiende el derecho de ciudadanía á los itálicos, y por último, siendo su ideal la unidad del mundo, abre las puertas de Roma á todas las gentes y aboga para siempre el antiguo privilegio de la ciudad romana, nacido del sentido egoísta del patriciado, en el que se había incubado la aristocracia romana, que veía decaer su universal dominio al influjo del genio expansivo de César, contra el cual, aquella gastada aristocracia, dirigió el puñal de Bruto.

Carlomagno es la figura más colosal que se destaca entre los monarcas de la Edad media. Con sus instituciones y su genio militar, intentó poner un valladar á las últimas invasiones de los bárbaros que amenazaban á la Cristiandad por el Oriente, y los Sarracenos por el Sur.

Organizando el Imperio de Occidente dió cohesión á innumerables señoríos de la época feudal, y cuando el gran Imperio fundado por él, se disgregó á su muerte, se formaron las nuevas nacionalidades, las de la época presente, que heredaron la civilización cristiana con las instituciones establecidas por el gran Emperador, y se desarrollaron sin obstáculos, siguiendo al mismo tiempo el movimiento inicial de tan bienhechoras ideas. En consecuencia, no debe extra-



ñarse que la Francia, la Italia, la Alemania y otras naciones de aquella época, den principio á sus crónicas con la historia propia del mismo Carlomagno.

\*  
\* \*

Resumo: Alejandro llevó al Oriente sus huestes vencedoras, no por el afán de las conquistas; un sentimiento humanitario y civilizador le condujo hasta aquellas apartadas y desconocidas regiones: infundir en los pueblos el alma de Grecia y con ella sus instituciones y todo el saber humano de aquella memorable edad.

Y aunque estas conquistas y la idea que las dió vida hubieran existido inmanentes en aquel estado social, ¿habrían podido realizarse en el espacio sin la acción del héroe que las consumó bajo el impulso siempre persistente de un sentimiento altamente humanitario y civilizador?

César fué el alma de la revolución plebeya, iniciada por Servio en el monte Aventino, y continuada por los Gracos y por Mario para destruir los privilegios de la ciudad, en los que se había amparado la aristocracia fundada por los patricios. Sin él no hubiera podido, la idea que germinaba en la democracia romana, romper el estrecho recinto de las siete colinas en cuyo centro se levantaba Roma, que debeladora de tantos pueblos con sus innúmeras conquistas, se creía la única acreedora á que el mundo uncido á su carro vencedor se arrastrara á sus pies. Sin embargo, César destruye los privilegiados derechos de ciudad y abre las puertas de Roma á todas las razas, proclamando la unidad del mundo; porque si bien en aquel estado social se difundía la idea democrática, en César encarnó el sentimiento, que unificando á la humanidad, hizo del Imperio Romano la patria de todas las gentes.

Carlomagno, estableciendo el Imperio de Occidente, pre-

tendió devolver la paz y la tranquilidad perdidas en la época feudal; y esta universal aspiración al sosiego, llevó al Emperador bajo la acción de un sentimiento humanitario y patriótico, á encauzar á los pueblos bajo un régimen, que nacido al calor de sabias y apropiadas instituciones, cambió aquel estado anormal de luchas feudales, levantando á expensas de innumerables señoríos, la hegemonía del Gran Imperio de Occidente.

Bajo la impresión de los conceptos antes emitidos, sería interminable el presente estudio histórico, porque nadie ignora que los grandes hombres han llevado indefectiblemente tras sí á los pueblos que gobernaron, determinando su prosperidad y grandeza, con la acción siempre persistente de un sentimiento preponderante, el heroísmo; que en la paz se manifiesta con una sabia y prudente gobernación, y en la guerra, como invictos capitanes, unciendo la victoria á su carro vencedor.

Concluyo afirmando con el ilustre pensador inglés: "Que el conocimiento de un sentimiento heroico da el conocimiento de una edad entera."

\*  
\* \*

Bastan á nuestro propósito, las ligeras consideraciones que anteceden, que aunque breves, llevan á nuestro ánimo la más profunda convicción sobre la indiscutible importancia de las grandes hombres en la historia de la humanidad.

La reflexión y el estudio de los hechos en esta índole de conocimientos, nos conducen á particularizar nuestros juicios en relación con los objetos que nos rodean, es decir, á nuestra misma patria y á la noción de la nacionalidad, limitando nuestras investigaciones á la época en que dicha noción aparece claramente definida en la conciencia humana, en esta cultísima edad moderna, en la que México entró al concierto de las naciones como entidad independiente y soberana.



En efecto, la libertad y la igualdad, nobilísimas facultades que radican en la personalidad humana, reconocidas ambas como inmanentes en el individuo, dieron nacimiento á un concepto antes desconocido, en el que hoy se ampara la unidad política y social bajo el nombre de patria ó nacionalidad y en la cual aparece la secular conveniencia, la identidad del habla, de costumbres, de aspiraciones, de preocupaciones, de atavismos y aun de prejuicios. Así, bajo la impresión de estas ideas, de los sentimientos que con ellas radican en nuestro ser, hemos tornado nuestras miradas á la historia de México, y al observar los hechos que le dieron vida incipiente, se destaca, en primer término, la figura inmortal de Hidalgo, más tarde en la lucha pasional de los partidos, Juárez con la Reforma, y por último, contemplamos también al Sr. General Díaz en su gloriosa vida militar y en la no menos admirable etapa recorrida por nuestra patria en el último tercio del siglo XIX, en el que, el Caudillo de antes y el eminente hombre de Estado de hoy, imprimió á la República una dirección determinada bajo el influjo de un elevado sentimiento, el patriotismo, por medio del cual, llevó en la guerra á las huestes populares á la victoria, y en la paz, el pueblo mexicano le ha seguido sin distinción de partidos, por que ha visto en él la personificación del progreso, del crédito, y el honor nacional.

\* \*

Los conceptos apuntados en el preámbulo del presente estudio histórico, ciertamente no huelgan, porque ellos dirigirán nuestro juicio y serán el fundamento en que deban desarrollarse ante la posteridad los hechos más culminantes de la vida militar y política del Sr. General Díaz, á quien hoy pretendemos presentar ante la historia, como uno de los hom-

bres de Estado más notable en el mundo, y de más notoria celebridad en la última mitad del siglo XIX, celebridad que para el bien de nuestra patria, continúa sin solución en los albores del siglo XX.

Tres son los grandes períodos en que discurre la vida de este invicto Caudillo y eminente hombre de Estado:

1º Desde la revolución de Ayutla y la guerra de Reforma, hasta el momento en que la intervención extranjera con el efímero Imperio de Maximiliano, pretendieron radicar en el suelo mexicano.

2º Desde la misma intervención y el Imperio, hasta el sitio de la Capital de la República y su incondicional capitulación y entrega en 21 de Junio de 1867 al Señor General Díaz, Jefe del Ejército de Oriente, y

3º Desde la revolución triunfante de Tuxtepec, en virtud de la cual, el pueblo lo elevó constitucionalmente á la Primera Magistratura de la República, Abril de 1877, hasta el presente año, en que por voluntad de la Nación sigue rigiendo sus destinos.

\* \*

Nadie ignora en México, que como consecuencia del movimiento político efectuado en Guadalajara el 20 de Octubre de 1852, ascendió después á la Presidencia de la República el General D. Antonio López de Santa-Anna, en 22 de Abril de 1853; comenzando para el país una de las épocas más luctuosas por las cuales ha atravesado durante su vida política. En efecto, las prisiones se abrían momento á momento para encarcelar á los patriotas, quienes salían de ellas para el destierro á climas tórridos en donde morían, ó eran inmolados en los patíbulos; por último, la venta de una gran parte del territorio nacional, puso á esta situación el estigma de la reprobación universal.



El pueblo cansado al fin de sufrir tanta opresión, hubo de sacudir este ominoso yugo, y el plan proclamado en Ayutla el 1º de Marzo de 1854, reformado después en Acapulco, derrocó definitivamente aquel gobierno; siendo necesaria consecuencia del plan indicado, la reunión del Congreso Constituyente en la Capital de la República, quien legó á la posteridad, como un monumento imperecedero, la Constitución de 1857, la cual entre otros avances, hizo en primer término la declaración de los derechos del hombre, que en calidad de inalienables é imprescriptibles, consideró que eran la base y el objeto de las instituciones sociales, y por tal razón, las garantías que amparaban esos mismos derechos, debían ser respetadas y sostenidas por todas las autoridades del país.

Basta lo expuesto á mi propósito, para considerar la trascendencia de la revolución de Ayutla en nuestro ser político y social; con tal motivo, no debe extrañarse que las ideas que dieron vida al plan indicado, hubieran conmovido al país del uno al otro confín, llevando tras sí bajo la acción del patriotismo á los hombres ilustrados y de buena voluntad, que rompiendo con añejas preocupaciones, volvieron la espalda al pasado, sacrificándose en aras de la patria al influjo de las nuevas ideas encarnadas en el credo del partido liberal, que fué la incommovible base en que se levantó la revolución de Ayutla.

\*  
\* \*

Entre la pléyade de patriotas de aquella memorable época, apareció en Oaxaca, un joven que desde los primeros albores de su vida comenzó á manifestar su recto juicio, un carácter inquebrantable y una fe ciega en sus primeras é incipientes empresas, en las cuales, á pesar de sus cortos años, se observaban marcadas tendencias á la vida militar, inspiradas por un naciente amor á la patria. Ciertamente no era

un joven vulgar, ni por su educación, ni por el medio social en que nació y vivió.

Ocupado en estudios teológicos, porque en aquel tiempo el que sobresalía en las escuelas era dedicado á la carrera eclesiástica, se vió en la necesidad de abandonar dichos estudios, con motivo de una desgracia de familia, la muerte de su padre, refugiándose en un solo amor, en el de una buena madre, que al par que amante y cariñosa, estaba dotada, por la Providencia, de un talento clarísimo y de una firmeza de carácter incomparable. Su hijo había heredado de ella estas notabilísimas dotes, que con otras propias debían desarrollar el tiempo, las circunstancias, y muy particularmente un sentimiento persistente hasta hoy en su gran corazón, el sacrificio del sosiego, de la tranquilidad y de la vida, por la patria:

Este joven era Porfirio Díaz.

Dedicado después á los estudios de abogado, se le confirió al mismo tiempo, la cátedra de Derecho Romano, en virtud de sus notorias aptitudes, habiéndose ligado en el Instituto de Oaxaca con el Lic. Don Marcos Pérez, Profesor también de aquel importante plantel de educación superior, y amigo querido de Juárez, por la identidad de sus patrióticas aspiraciones; desde entonces comenzaron á despertarse en Porfirio Díaz las avanzadas ideas que debían germinar después en su cerebro y ampararse en su corazón.

La notoriedad de las naciente dotes, positivamente excepcionales en este joven, atrajeron la atención de los hombres más eminentes del partido liberal de Oaxaca, quienes siempre le estimularon con frases de encomio, tan significativas, que desde entonces pudo suponer que le estaba reservado representar un papel muy importante en los destinos de su patria.

Los estímulos de aquellos patriotas, su carácter observador y su recto y elevado juicio, le hicieron juzgar desde lue-